

de borrar las desigualdades de raza, de posición social, de fortuna y hasta de condición moral pues para esta lucha los cubanos se olvidan de sus intereses, de sus familias, de sus preocupaciones y aun de la vida misma y el río sirve á las órdenes del pobre y el abogado es ayudante del montero y el médico obedece al peon de ganado y el blanco baña al caballo del jefe negro y el bandido tiende su hamaca junto á la del más encopetado caballero y todos obsesados por una idea superior unen sus esfuerzos en una obra común, para todos igualmente fascinadora: ser dueños de su propia tierra, sacudir la tutela inicua que les deshonoran, cortar las manos que les saquean y ponerle fin, de cualquier modo y á cualquiera costa, á los oprobios, las rapiñas, las persecuciones y los vejámenes que se esconden, como reptiles en el cieno, entre los pliegues de la bandera abominada de España.

Suponer que un movimiento de tamaña importancia tiene como raíz principal el odio, ciego á determinados individuos ó clases sociales ó instituciones, es desconocer por completo las enseñanzas rudimentarias de la ciencia sociológica y estimar erróneamente como origen de una enfermedad uno de sus síntomas accidentales: error en que incurren con frecuencia los *curanderos* políticos.

En la convulsión tremenda que sacude con la fuerza de un terremoto nuestro suelo calcinado, intervienen, como causas generadoras, ideas, sentimientos y necesidades de un orden superior y descuello sobre todo el concepto fundamental de una Patria Cubana, esencialmente distinta de España y enemiga de ella, formada y amasada con los huesos y la sangre de nuestros hombres más ilustres, de nuestros heroes más preclaros, cantada por nuestros poetas mejores, delificada por nuestros oradores insignes y que hemos aprendido á amar y bendecir desde la cuna, con la ciega adoración de los creyentes fanáticos. A esa patria, más querida

cómo más desdichada, ofendamos gustosos los cubanos todos los gozos y los bienes que hacen amable la vida y nos sentimos ricos en nuestra pobreza y animosos en la lucha y fuertes en la adversidad y alegres en el destierro cuando recordamos que por amaria y servir la lucharon y padecieron y cuando fué necesario murieron todos los grandes de nuestra historia, que su culto fué la religión más sagrada en nuestros hogares vigilados, que su bandera era la reliquia que veneraban nuestros padres conspiradores y que en los días heroicos de los combates épicos por ella rindieron la vida los grandes combatientes de la década inmortal, estoicos como espartanos, y la salvaron y la bendijeron, serenos y animosos, desde lo alto del patíbulo. Ayerán en la flor de los años, con la gracia de un ángel y Goicuria, bajo su coroná de canas, con la magestad de un dios.

El día en que este gran sentimiento germinó en el corazón de los cubanos la dominación de España quedó herida de muerte y todos los esfuerzos que ha hecho, inspirándose siempre en su política tradicional de opresión y despojo, para consolidar su poder, solo han servido para precipitar su ruina y arrastrarla más rápidamente al desastre.

Y pues parece que los curanderos políticos se disponen otra vez á tomar á su cargo á la gran enferma del mar de las Antillas y cuentan ahora con los auxilios de un tanaturo sajón y hasta les ayudan como enfermeros los antes frenéticos y hoy amedrentados integristas de Cuba, es oportuno estudiar, *sine ira*, el separatismo cubano, analizar sus causas, exponer sus propósitos y demostrar, de paso, la inanimidad de cualquiera solución que pretenda dársle á los problemas cubanos que no sea la radical y salvadora que se contiene en el programa separatista.

La série de artículos que, con ese objeto, me propongo escribir, servirá quizás para que los extranjeros que siguen con in-

terés y simpatía el curso de la guerra de Cuba, se penetren de las causas verdaderas que la han rigido y su evolución y puedan induir cuál deberá ser lógicamente y necesariamente la última fase de su desarrollo.

A. CABALLERO.

CARTA ABIERTA
DEL
GENERAL MAXIMO GÓMEZ
A
TOMAS ESTRADA PALMA.

Camagüey, Noviembre, 1896.
Señor Tomas Estrada Palma.
Nueva York.

Estimado amigo.

Días hace que no tengo el gusto de recibir cartas de usted; pero supongo que portador de algunas lo será Miguelito Betancourt, quien—como vulgarmente se dice—*ha caído de pie*, allá por Cienfuegos. Tampoco habra usted leído ninguna mía, pues de intento me he dilatao en escribirle con objeto de tener mucho de importancia que decir y esperando, como es costumbre mía, que los sucesos justifiquen mis juicios respecto á esta guerra, á la cual presté mi ayuda.—Es hora, pues, de que le noticie algo de la terminación de la campaña de verano y comienzos de la de invierno, en cuyo período hemos entrado ya.

Principiaré por hablarle de los refuerzos últimamente llegados de España, que según confesión propia, no ascienden á cuarenta mil hombres, como enfáticamente el gobierno habia prometido. Este, urgido por la impaciencia de Weyler, adelantó la época en que debió haber efectuado su envío atendiendo á las necesidades de la aclimatación, y apenas si con ellos habrá podido cubrir las bajas sufridas en la campaña de verano; atestados como están sus hospitales e víctimas del paludismo y fiebre amarilla reinantes. De aquí se explica que, para aglomerar sobre Maceo el mayor número de hombres posible, hayan tenido que extraer de otros puntos de la Isla, debilitando los elementos indispensables; el extremo de darnos á los demás tiempo y oportunidad suficientes para emprender operaciones recias en Ctro-ingares—en Santiago de Cuba y Guantánamo, por ejemplo, donde su esfera de acción es ya muy limitada y en Camagüey donde á la raíz de El Desmoro, toma de Guáimaro y combates subsiguientes, se han visto obligados á concentrar definitivamente sus fuerzas en el litoral.

Los últimos combates librados por Maceo en Pinar del Río y las resistencias de nuestras fuerzas en las provincias de la Habana, Matanzas y las Villas al comenzar la campaña de invierno, demuestran ya que, en la continuación de ella, los españoles no pueden ni podrán conquistar ventajas sobre nuestras armas—y mucho me-

nos, reforzando, como pienso hacerlo, con elementos de todas clases, aquellos territorios. Como he dicho antes, el general Weyler anduvo demasiado arriesgado lanzando sus soldados al campo, y esa festinación con que procedió inconsultamente, nos ofrecerá la ventaja de que los escasos refuerzos que ha recibido estarán ya gastados en la plena estación para operar débilmente, cuando debiera ser lo contrario; y en caso de que su Gobierno, haciendo un esfuerzo supremo, pudiera enviar algunos más, éstos llegarían demasiado tarde.

No es muy común en el arte de las armas alcanzar una victoria en las mismas posiciones en donde se ha sufrido una derrota. Tal parece que no puede mantenerse, de pié y valeroso, el reemplazo sobre la huella del soldado vencido. La noticia, la sombra del camarada muerto, la certeza de que tanto esfuerzo será inútil, le desmoralizan y apocan, y se agiganta, por tanto, en su imaginación la imagen del contrario que le aterra.

Obligado el jefe enemigo á formar grandes núcleos de fuerzas, se ha visto en la necesidad de abandonar muchos puntos que mantenía ocupados en las Villas y en el Departamento militar de Oriente—de relativa importancia militar algunos, otros de ninguna,—y esta determinación habia de conducirle indefectiblemente á la situación defensiva en que se encuentra colocado en tan vastos territorios, pródigos de recursos para nosotros y en donde á nuestras tropas les es dado moverse con entera libertad. Para tomar la ofensiva nuestro Ejército de Oriente tiene que buscar al enemigo en sus propios atrincheramientos como lo ha hecho en distintas ocasiones, y como acaba de hacerlo, con el mayor provecho.

Sin entrar en detalles que sólo servirán para demostrar la pericia y el valor de los jefes y oficiales de este Ejército de heroes, harto probado en mil combates, me concretaré á decir que, á la fecha en que le dirijo estas líneas, han caído en nuestro poder Guáimaro, Cascorro y San Miguel de Nuévitas, el primero tomado á viva fuerza, jugando allí con éxito brillante nuestra artillería. La ocupación de estos tres pueblos de importancia no se ha puesto en posesión de doscientos prisioneros, un riquísimo botín de pertrechos de guerra, armas, municiones, dinero, medicinas y gran cantidad de provisiones de todas clases. Los heridos, hechos prisioneros también, eran veintidos entre jefes, oficiales y soldados, y respetando lo resuelto en el Congreso internacional de Ginebra, fueron atendidos por nuestra Sanidad, y, previo aviso, envié á recogerlos el general Jiménez Castellanos. Dos columnas españolas de las tres armas—la primera de tres mil hombres, la segunda de cuatro mil—salieron con un intervalo de veinte días entre una y otra á defender estos puntos, centros de operaciones, y las dos han sido bati-